

Con el ambiente sumamente húmedo y una dosis de frío importante, inicio la subida por el prado a la izquierda del “carril del moro” hacia el lugar que un maestro y compañero de fatigas; aunque de escopeta; me ha señalado.

Atrás dejo el Rigüero, a Leo y Antonio; éste último con un recurvado de no menos de 8 años de uso; observo el “paso” que Leo me señaló, veo la pared caída y sus piedras esparcidas, miro otro “paso” que cruza perpendicular, éste creo que de uso exclusivo del “Duende”, y 10 ó 15 metros más arriba, otro “paso” paralelo a éste último. Creo que he llegado, busco sitio y a pesar de la humedad del suelo y del frío reinante, me siento, coloco mi flecha, aparto algunas ramas de la imaginaria línea de tiro y aguardo.

Inevitablemente pienso en Antonio, situado unos 200 metros más arriba del Rigüero; si le entra, le da; no tengo la menor duda.

¿Y si me entra a mí?; he de hacerlo tan bien, tan perfecto; no puedo defraudarles. Pienso en Pilar, debería estar aquí; en Jon (Ver sin ser visto, oír sin ser oído, etc. etc.), pienso en Antonio y en sus enseñanzas (una flecha, una vida). Pienso en todas las oportunidades que he tenido, en los errores cometidos, en la sensación que se experimenta al estar en el suelo; ¡que diferente es de cuando estoy en el árbol!

18,50 horas, estoy helado y en media hora ya se verá mal, espero que la Luna salga pronto, sigo pensando en otros lances, cuando abatí a mi “guarrilla” y como la pisteamos Luis, Isaac, Suri y yo mismo; miro otra vez el reloj, son las 19,20, ya veo mejor a mí alrededor.

De repente, el golpe en la piedra de la pared caída - es un “Duende” -, viene por mi izquierda, siguiendo mis pasos; 2 golpes seguidos y más profundos - no cabe duda, nada de “Duende”, es “el rey”; me arrodillo y pienso - no me puede oler, tengo el viento a favor -, no oigo nada; miro los pin y mi visión es correcta y .. Ahí está, a 4 ó 5 pasos escasos como una aparición, frente a mi arco y la punta de caza, si estiro los brazos, puedo tocarlo, pero si tenso la “cago”, amén de que entre él y yo se interpone una maravillosa “escoba” de 2 metros de alta ajada por los hielos, el agua y el inevitable otoño, pero no lo suficiente para que pase mi flecha. Debe pesar entre 65 - 80 kg., ¡que negro es! No puedo tirar, la flecha no llegaría bien.

Pero ahí le tengo,- que pena que no estés Pilar-, le miro complacido, no por tenerle tan cerca sino por estar al mismo nivel - el ser más inteligente de la fauna ibérica y al lado un cazador arquero, ¡es la “leche”! - ¿Quién le manda desviarse y no entrar por el “paso”? y en ese momento el “silbido”, “el rey” levanta la cabeza y sopla, toma aires, pero no gruñe - ¿alguien ha sentido resoplar a un “guarro” a 4 ó 5 metros? Se ve hasta su vaho, es inenarrable!; se mueve un poco, sopla otra vez, le sigo viendo, no me mira y tenso el arco. Mi esperanza es que se mueva de detrás de la escoba como máximo en 1 minuto o se me romperán los brazos, y otro “silbido”, vuelve a soplar con más fuerza y gira a mi izquierda parándose justo detrás de mí y no gruñe - imposible tirarle en esa posición - le oigo pero no le veo, y sopla de nuevo; tengo que destensar, no hago ruido pero no le siento y en ese momento, el “Claxon”. Definitivamente se ha ido. Me voy para casa.

Me voy contento y cabreado y por primera vez más cabreado que contento. Contento por la satisfacción de haber logrado estar tan cerca de esa maravilla en autoprotección; contento porque cada vez me aproximo más a él. Contento porque una vez más he vivido un apasionante lance.

Y me voy muy cabreado porque he fallado lo que deseaba fuera un homenaje, un reconocimiento hacia ese hombre que tanto hizo por nosotros aquella noche de 1992, con el mismo arco recurvado que lleva hoy. Quería brindarle a Antonio una milésima parte de lo que él nos brindó a todos con aquella flecha.

No pudo ser y cabizbajo y congelado de frío fui al encuentro de Leo y de Antonio Rebollo, que ya me esperaban en el coche y que no habían tenido tanta suerte como yo.

Lo siento Leo, ya sabes cómo pienso (La caza con arco es algo especial)

Lo siento Rebollo, habrá más veces, todas las que tú quieras, pues si importante fue tenerte de maestro y todo lo que me enseñaste; el compartir caza y puesto contigo es algo que solo se puede explicar cuándo se ha vivido.